

lo mató con una espada que habían hecho entre los dos:

El antiguo colega de Póstumo quedó de emperador de las Galias á consecuencia de estas catástrofes. Había nacido allí en el seno de una rica familia y un pariente suyo, el senador Tétrico, gobernaba la Aquitania. Estos lazos de parentesco consolidaban su poder, haciendo de él en las Galias un príncipe nacional, y parecía bastante fuerte para que Galieno, lejos de atacarlo en la Galia, temiera que viniera él á disputarle la Italia. Pero, por su mal, groseros hábitos de libertinaje oscurecían las buenas cualidades de Victorino, y fué asesinado en Colonia por un soldado á cuya mujer había ultrajado (268).

El verdadero príncipe había sido en este reinado la madre del emperador, Victorina, mujer de aliento viril, la



Moneda de Mario (1)

Cenobia del Occidente, que con sus larguezas se había granjeado el afecto de los soldados y ejercía grande imperio en el ejército. Los soldados la llamaban la *Madre de los campamentos*, y una medalla, sospechosa ciertamente, le da el título de emperador. Si no lo tomó, á lo menos dispuso de él, haciendo que el ejército reconociera á su deudo Tétrico (2), prudente personaje á quien la púrpura quemaba los hombros y que quería vivir lejos de los campamentos, donde se hacían y deshacían tan pronto los príncipes. Sin embargo, la aceptó y se estableció en Burdeos bajo la protección de la diosa Tutela. Allí lo dejaremos nosotros esperando filosóficamente á Aureliano y el fin de un imperio que no había él deseado.

Un dacio, Regaliano, que se suponía descendiente del famoso Decéballo, desempeñaba el gobierno de la Panonia y de la Mesia. Se había mostrado buen general y contaba cierto número de victorias sobre los sármatas. No era menester más para decidir á soldados y provinciales á proclamar emperador á un hombre que daba á los unos botín y á los otros seguridad, sobre todo cuando el recuerdo de las crueldades de Galieno en aquella provincia estaba siempre vivo en la memoria de todos.

Regaliano tomó pues la púrpura imperial que se le ofrecía. Era el imperio panonio, que se constituía, como hemos visto fundarse los de Galia y Oriente, siempre por las mismas razones, la defensa del territorio confiada al más digno, puesto que el emperador oficial no la aseguraba.

Regaliano, sin embargo, acabó mal; según unos por una sublevación de los suyos; según otros vencido por su competidor Galieno.

Viendo el imperio destrozado, no hay personaje, por inepto que fuera, que no aspirara á tomar un trozo. De Antonino, de Memor y de Cérope no sabemos más que los nombres; de Saturnino se han conservado estas palabras dirigidas á sus soldados: «Camaradas, perdedis un buen general y hacéis un miserable emperador;» de Celso el mal

(1) IMP. C. MARIVS AVG. en torno del busto radiado del emperador de las Galias. Al reverso, SAECVLI FELICITAS y la Felicidad de pie (Moneda de vellón).

(2) C. Pío Esuvio Tétrico (Borghesi, t. VII, p. 430, n.º 4). Fué proclamado en Burdeos antes de marzo de 268. De Witte, *Rev. de numism.* t. VI, 1861, é *Investig. sobre los emperadores que reinaron en las Galias en el siglo III.*

recuerdo de que no encontrando sus amigos el manto de púrpura necesario para consagrar un emperador, hubieron de cubrirlo con el pepló de la *dea caelestis* de Cartago. La gran diosa se escandalizó sin duda de semejante impiedad, porque muy luego murió el profano. Su cuerpo fué arrojado á los perros que lo devoraron, y se clavó su retrato en la cruz de los condenados á muerte, á fin de perpetuar la infamia de aquel desgraciado, que había imperado siete días.

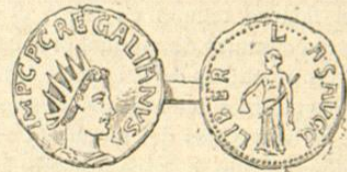
Emiliano, en las orillas del Nilo, gozó algún tiempo más su efímero reinado, hasta que Galieno que necesitaba los trigos de Egipto, envió contra él á Teodoto, cuyos servicios y fidelidad había utilizado ya en la Galia. Vencido y hecho prisionero, Emiliano fué estrangulado en su prisión.

Se añade también al número de los usurpadores á cierto Trebeliano, jefe de aquellos montañeses de Isauria que no había podido nunca Roma humanizar ni disciplinar. Bandido de profesión se previó de aquel desbarajuste universal para extender sus rapacidades. Pero un hermano de Teodoto lo derrotó y le dió muerte. ¡Muerte! es la palabra que se repite á cada instante y que termina todas estas historias.

El patriotismo local estaba bastante vivo para que se cediera al deseo de tener un jefe nacional; no era, empero, harto perseverante para sostener mucho tiempo á los emperadores provinciales, que debiendo su fortuna á la disciplina y á las calamidades públicas, venían á ser sus víctimas á su vez. Las sublevaciones continuaban porque habían comenzado, y se mataba por la misma razón.

Uno de estos advenedizos, precipitados tan pronto, nos interesa únicamente, el rey de Palmira, el fundador de un Estado medio árabe, que si hubiera podido consolidarse, habría cambiado la faz del Oriente. Para esto era menester que hubiera vivido Odenato, y por desgracia, como todos los demás, fué asesinado. Ya volveremos á tratar de esta muerte y de este reinado en la historia de Aureliano.

¿Qué hacía Galieno en medio de estas catástrofes? Un antiguo le echa mil maldiciones (3); otro lo representa trabajando con perseverancia en conjurar los daños públicos. Cuando llegó la noticia de la defección de las Galias y de



Moneda de Regaliano (4)

Egipto, le hace decir Polión: «¿No se puede vivir sin el lino de Egipto y los paños de Arras?» Sin embargo, no carecía de valor: amaba la poesía, la elocuencia, las artes, y á instancias de la emperatriz Salonina estuvo para dar á Plotino un cantón de la Campania para que ensayara la república de Platón. Pero ¿qué nos importan estas dotes del ingenio, rico y encantador adorno de los reinados felices? En semejantes tiempos necesitaba el imperio, no un confeccionador de versos griegos ó latinos, sino un solda-

(3) Treb. Polión, en la *Historia Augusta*. Escribía en tiempo del César Constancio, que descendía de Claudio II (*Gall.* 14), y Claudio hizo matar á Galieno. Este debía ser pues para Polión un condenado como él lo había sido para Claudio.

(4) IMP. C. P. C. REGALIANVS AVG., busto radiado de Regaliano. Al reverso, LIBERTAS AVGVSTI. La Libertad de pie sosteniendo un gorro de liberto y un cetro (Moneda de plata).

do. Galieno hubiera podido reinar, como reinarán bien pronto Aureliano, Probo y Diocleciano. Si no lo hizo, fué porque era incapaz: dejémosle, pues, su mala reputación.

En 267, Aureolo, antiguo pastor dacio, pero bravo soldado, el vencedor de Macriano en Tracia y el adversario de Póstumo en la Galia, fué encargado de guardar con un ejército los pasos de los Alpes occidentales contra Victorino, mientras Galieno iba á expulsar de la Iliria á los bárbaros que inesperadamente habían aparecido en aquellas provincias.

Venían de lejos, en efecto: del mar de Azof habían partido quinientos navios, donde no se había perdido ninguna fuerza, porque traían numerosos guerreros, que en la mar servían de remeros y en tierra de combatientes. Pasaron el Bósforo, la Propóntide, el Helesponto, llevándolo todo á sangre y fuego. Cuando Mitridates sitió á Cícico, cuatro siglos antes, tenía esta ciudad cuatro almacenes llenos de armas, ingenios de guerra y trigo, y en su puerto doscientas galeras de combate. A pesar de tantas y tan siniestras advertencias dadas á aquellas poblaciones durante treinta años, los godos no encontraron en ella ningún preparativo de defensa. La ciudad fué entrada á saco, y la misma suerte tuvieron Lemnos y Esciros. El Peloponeso y el Epiro quedaron asolados y un cuerpo de ellos sorprendió á Atenas, de donde huyó la población.

Refiere un monje del siglo XII que habiendo reunido los godos todos los libros encontrados en la ciudad, iban ya á arrojar á las llamas estos preciosos productos de una civilización que ellos despreciaban, cuando uno de sus jefes les hizo desistir de su propósito, diciéndoles: «Dejemos á los griegos estos libros que sostienen su molicie y los inhabilitan para las armas.» Montaigne repitió esta historieta del fraile y Rousseau la ha reiterado después. Pero los godos no tenían tanta filosofía. Por otra parte, un ateniense les probó que se podía ser letrado y bravo á la vez: Cleodemo, dice Zonaras, reunió á los fugitivos, armó algunos navios y exterminó un buen número de merodeadores, haciendo huir á los demás.

Zonaras se engaña respecto del autor de este audaz golpe: el último de los héroes de Atenas fué el historiador Dexipos. Habiendo tomado los bárbaros la ciudad, dos mil atenienses refugiados en una montaña cubierta de bosque se resistieron á todos los ataques; muchos griegos acudieron á aquel campamento de refugio; hicieron varias salidas afortunadas, y algunas galeras imperiales que sobrevivieron destruyeron las embarcaciones de los bárbaros.

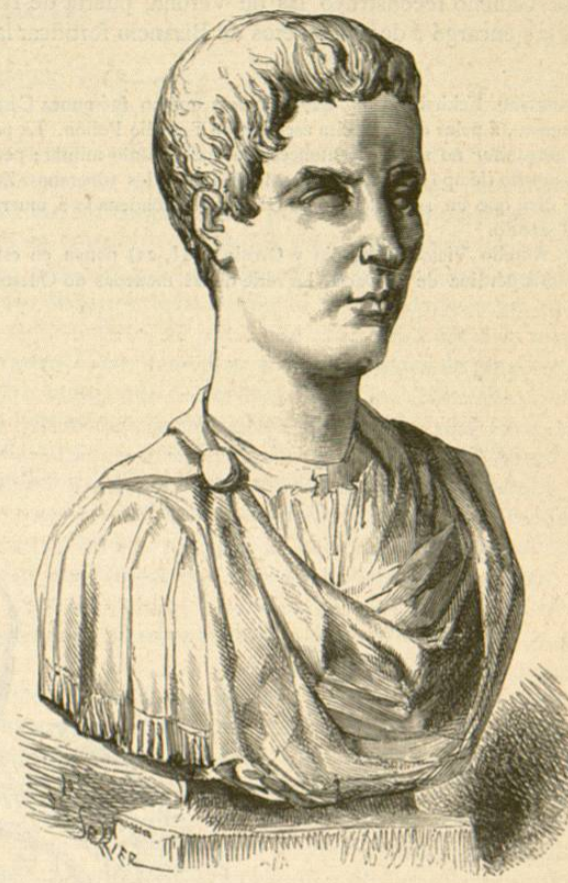
Estos no se inquietaron por eso; fueron á reunirse con sus compañeros que saqueaban el Peloponeso y la Beocia, entraron por la Acarnania en el Epiro y formaron el audaz proyecto de volver á su país por la Iliria.

Galieno había salido á atajarlos: destruyó algunas de sus hordas, compró otras é hizo cónsul á uno de sus jefes. Estamos tentados á creer que puso una toga consular en los hombros de este héruo con el mismo sentimiento que nosotros damos un sombrero de plumas á un rey negro de la costa de Africa. Pero el yerno de los marcomanos que había dejado tomar tanta influencia á Pipa, su joven esposa bárbara (1), quiso que esta ceremonia revistiera toda la gravedad oficial, y el hecho es más importante de lo que parecía al principio. Sabíamos ya que los bárbaros,

(1) ..... *quam is perdit dilexerit*. Para agradarla se espolvoreaba él mismo su negra cabellera con oro molido y quería que sus amigos se adornaran igualmente. *Gallienus cum suis semper flavo crinem condit* (Treb. Polión, *Salon.* Gall. 3).

admitidos en las tropas auxiliares, y hechos después ciudadanos, llenaban las legiones, y he aquí que pasan, sin transición, de la barbarie al consulado. La invasión se hacía por bajo; ahora va á hacerse por alto, y á consecuencia de esta lenta pero continua infiltración, se encontrará consumada el día en que al parecer comience con la impetuosa agresión de 405. He aquí por qué irá todo declinando durante dos siglos en este imperio, romano todavía en la superficie, y en el fondo, penetrado más y más cada día de elementos germánicos (2).

Mientras Galieno guerreaba en la Iliria, Aureolo encontró ocasión propicia de sublevar á Italia y apoderarse de



Emiliano antes de llegar al imperio (3)

Roma. El emperador lo venció en Pontirolo (*Pons Aureoli*), á orillas del Adda, y lo sitió en Milán. Pero en medio de su propio campamento, Aureliano, Heraclio, Claudio, los jefes más importantes del ejército, conspiraban contra el príncipe afeminado y cruel, bajo cuyo mando había decaído tanto el imperio.

Un día, que á la noticia de una nueva salida de Aureolo, desarmado Galieno hubo de montar á caballo, uno de los conjurados lo atravesó con un dardo (22 marzo 268). Su hermano Valeriano fué también asesinado poco después que él. Era Valeriano un amable y brillante joven, que muerto en la edad de las esperanzas, dejó una memoria querida. Claudio ordenó su muerte sólo por razón de Estado; erigióle un sepulcro en el cual hizo grabar estas palabras en que se quisiera sentir un pesar medio ahogado: *Valerianus, imperator* (4).

(2) Una medalla de este año se refiere á una victoria naval obtenida sobre los godos, que volviendo del Asia cargados de ricos despojos, fueron batidos por una tempestad en el Euxino y después por una flotilla romana (Eckhel, t. VII, p. 394, y Treb. Polión, *Gall.* 12).

(3) Busto del museo de Lyon.

(4) Treb. Polión, *Valeriani duo*, 8. Era hijo de la segunda mujer

Se ha podido observar que en este reinado toda la defensa se detiene en el Danubio y en el Rin: esto significa que las tierras decumatas y la Dacia, desde donde el alto imperio tenía á raya la barbarie, estaban perdidas (1). Las tropas romanas ni siquiera sabían ya guardar la línea de sus ríos, que bandas armadas pasaban sin cesar en el intervalo de las grandes invasiones, de modo que la inquietud cundía por todas partes. Es el estado en que se hallará Francia en la época de las incursiones normandas.

Así, como se hará en el origen de los tiempos feudales y por las mismas razones, las provincias se cubrían de castillos y se reconstruían ó reparaban las murallas de las ciudades. Galieno reconstruyó las de Verona, puerta de Italia (2), y encargó á dos ingenieros de Bizancio fortificar las

de Valeriano. Eckhel (VII, p. 427-435) cree que no fué nunca César ni Augusto, á pesar de la precisa aserción de Trebelio Polión. La palabra *imperator* no sería ya entonces más que el título militar; pero hacía mucho tiempo que este título sólo se daba á los soberanos. Zonaras dice que un segundo hijo de Galieno fué condenado á muerte por el senado.

(1) Aurelio Víctor, Eutropio y Orosio (VII, 22) ponen en este reinado la pérdida de la Dacia. La serie de las monedas de Odesos,

plazas de la Mesia (3); Claudio II reedificará los muros de Nicea; Aureliano y Probo continuaron sin duda estos trabajos de defensa, y penetrando los bárbaros muy adentro en las provincias, las ciudades del interior se rodeaban de murallas como las de las fronteras.

Los emperadores de los dos primeros siglos no habían tenido necesidad de tanta prudencia para hacer del imperio una inmensa ciudad pacífica y laboriosa, cuyos aproches había bastado cubrir con avanzadas, que soldados disciplinados hacían respetables. Las dos épocas están caracterizadas por sus monumentos: en la una, las obras de la paz, de la fuerza y de la confianza; en la otra, las obras de la guerra, de la debilidad y del espanto.

que comienza en Trajano y acaba en Salonina, prueba que esta parte de la Mesia, donde los godos habían destruído á Istria, tendía á separarse del imperio.

(2) Así Verona tomó su nombre: *Colonia Augusta Verona Nova Gallieniana*, inscripción de la puerta de Verona llamada hoy *de Borsari* (C. I. L. V, 3329).

(3) Treb. Polión, *Gall.* 13... *instaurandis urbibus muniendisque praefecit*. Uno de estos ingenieros se llamaba Ateneo, y tenemos de un autor de este mismo nombre, en los *Mathematici veteres*, 1693, un tratado sobre máquinas de guerra.



Pendiente de collar adornado con un áureo del emperador Póstumo

## DECIMOTERCIO PERIODO

### FORTALECIMIENTO DEL IMPERIO POR LOS PRINCIPES ILIRIOS (268-305)

#### CAPITULO XXVII

##### CLAUDIO Y AURELIANO (268—275)

###### I. — CLAUDIO II (268-270). — LA PRIMERA INVASIÓN RECHAZADA.

Los conjurados del campamento de Milán no se asemejaban á los pretorianos que en otro tiempo hicieron almoneda del imperio; eran valientes soldados, resueltos á acabar con la vergüenza de Roma con el restablecimiento de la disciplina y con el propósito de llevar vigorosamente la guerra contra los bárbaros. Así pues eligieron para el poder supremo al que parecía más experimentado y tenía más renombre, al dálmata Claudio (1). Los aduladores de Constancio Cloro, su sobrino, dieron á Claudio por ascendiente al troyano Dárdano; pero él tenía también su nobleza. Decio lo había declarado indispensable á la república; Valeriano lo tenía en alta estimación, y Galieno temía su juicio.

En el reinado de Valeriano, Claudio había tenido el gobierno de la Iliria y el mando de las tropas diseminadas desde los Alpes hasta el Euxino, con los emolumentos del prefecto de Egipto, los honores del procónsul de Africa y un séquito tan numeroso como el del emperador; por donde se ve que el fausto de las cortes orientales había contagiado á la de Roma y transformado, aun en aquellos tristes tiempos, el severo *comitatus* de los antiguos procónsules en un cortejo real, ruinoso para las rentas públicas. La molición de Galieno lo irritaba, y habiendo sabido algo el príncipe, se apresuró á escribir á uno de sus oficiales una humilde carta, en que se revela claramente la miserable condición de aquellos Augustos que no sabían mandar ni hacerse obedecer:

«Nada me ha sido más sensible que saber por tu carta que Claudio, nuestro pariente y amigo, está muy irritado contra mí por falsos rumores que han llegado á sus oídos. Te ruego, caro Venusto, que si quieres mostrarme afecto, te sirvas empeñar á Grato y Herenio á calmarlo. Pero que pase todo sin que se enteren los soldados dacios, ya descontentos, no sea que se dejen llevar á extremos enojosos. Le envío presentes y espero que hagas de modo que le sean aceptos. Pero que no sospeche él que yo sé su resentimiento, pues pudiera tomar un partido violento (2).»

(1) Marco Aurelio Claudio. Trebelio Polión (*in Claudio?*) le da el gentilicio de *Flavio*, que pasó á toda su descendencia. ¿Era él de la conjura? Zósimo y Zonaras lo afirman, y nosotros no lo dudamos á pesar de lo que pretende Juliano su pariente. Tenía dos hermanos, Quintilo, de quien se tratará después, y Crispo, cuya hija Claudia, casada con Eutropio, tuvo por hijo á Constancio Cloro.

(2) Los presentes eran: «Dos copas de 3 libras guarnecidas de pedrería; dos tazas de oro y piedras finas; una fuente de plata cincelada

Galieno creía haber pagado así su rescate, y se engañó, pues no por esto fué menos despreciable para Claudio. Cuando los conjurados lo proclamaron emperador, hubieron de mostrar los soldados cierto descontento para obtener más lucro. Veinte monedas de oro distribuidas por plaza disiparon todo escrúpulo y declararon tirano al emperador muerto. El senado se apresuró á hacer lo mismo; arrastró á las gemonias á los familiares de aquel que se había inquietado de encontrar entre los senadores un resto de patriotismo, y se refiere que en la misma curia, se le arrancaron los ojos á uno de los oficiales del tesoro, iniquidad que anuncia la proximidad del Bajo Imperio.

Claudio cortó estas ejecuciones y los Padres conscriptos, ya arrepentidos, pusieron á Galieno en el número de los divos, *divi*, lo que equivalía á aprobar todos sus actos.

Cuando supieron la proclamación de Claudio, la confirmaron con aquellas repetidas aclamaciones que nos parecen tan contrarias á la gravedad senatorial, pero que no extrañaba entonces nadie. «¡Augusto Claudio, los dioses te concedan á nuestros votos! (repetido 60 veces). ¡Claudio Augusto, tú ó un príncipe como tú, es lo que hemos deseado siempre! (40 veces). ¡Claudio Augusto, los votos de la república te llamaban al imperio! (40 veces). ¡Claudio Augusto, tú eres el modelo de los hermanos, de los padres, de los amigos, de los senadores y de los príncipes! (80 veces). ¡Claudio Augusto, libranos de Aureolo! (5 veces). ¡Claudio Augusto, libranos de los palmiranos! (5 veces). ¡Claudio Augusto, libranos de Cenobia y de Victoria! (7 veces). ¡Claudio Augusto, reduce á la nada á Tétrico! (7 veces).»

Claudio se encontraba, en efecto, en frente de tres adversarios. Mejor inspirado que el senado desdeñó á dos que se hallaban en los extremos del imperio, se deshizo rápidamente del tercero, de Aureolo, á quien un juicio de soldados condenó á muerte, y se ocupó seriamente en los preparativos de una guerra definitiva contra los bárbaros. «El asunto de Tétrico, hubo de contestar á los senadores,

de 20 libras; otra de plata igualmente con pámpanos cincelados, de 30 libras; otra, también de plata, con hojas de hiedra cinceladas, de 23 libras; otra del mismo metal, de 20 libras, con un grabado de pesca; dos jarros de plata de 6 libras con incrustaciones de oro; vasos pequeños de plata con peso de 25 libras todos; diez copas de Egipto, con diversas labores; dos clámides de color vivo, orladas de púrpura; diez y seis vestidos de todas clases; una túnica blanca, mezcla de seda; un traje de lino con franjas de seda bordadas de oro; tres pares de borceguís de piel de Persia; diez cinturones; una clámide dardania en forma de manto; un manto ilírico para la lluvia; un cascón de capucha; dos capuchones de pieles; cuatro piezas de tela fenicia; 150 valerianos de oro; 300 *trientes salomínios*.»